

## El Cuerpo Eucarístico de Cristo, fuente de la caridad conyugal

Carmen Álvarez Alonso

Facultad de Teología san Dámaso (Madrid). P. I. Juan Pablo II (Madrid). Instituto de teología Lumen Gentium (Granada)

La caridad conyugal tiene su fuente específica y permanente en la Eucaristía y, a su vez, encuentra su expresión plena y su alimento supremo en la Eucaristía. Ambas realidades se implican y se explican mutuamente. Ahora bien, dado este mutuo reclamo entre Eucaristía y caridad conyugal<sup>1</sup>, es preciso preguntarse: ¿hasta qué punto los esposos cristianos se han apropiado existencialmente de ello? ¿Es posible que en el matrimonio se viva esta realidad con un cierto extrínsecismo? Tendemos, quizá, a ver esa gracia específica del sacramento del matrimonio, que es la caridad conyugal, como algo que se nos añade desde fuera, como algo que viniese a suplir y paliar las limitaciones propias de todo amor humano, sin darnos cuenta de que, en realidad, esa caridad conyugal que mana de la Eucaristía es un dinamismo permanente del Espíritu, que fluye y vivifica desde dentro la vida y el amor de los esposos. La caridad conyugal que nace de la Eucaristía ayuda a romper el círculo cerrado de un amor



esponsal finalizado a sí mismo, un amor que “da” pero que no “se da”<sup>2</sup>. En lugar de hacer de esa sponsalidad cristiana que se vive en el matrimonio un ejercicio de caridad conyugal, corremos el riesgo de vivir esa conyugalidad sin la caridad que fluye de la Eucaristía, como si ambas realidades pudieran ser autónomas. Esto, sin embargo, es dar forma específica y peso propio a ese drama agudo de la separación entre la fe y la vida, drama que puede llegar a convertirse en un estilo, pacíficamente asumido, de aparente cristianismo.

La mutua relación entre Eucaristía y caridad conyugal nos remite, en último término, al amor sponsal de Cristo, en cuyo misterio ambas realidades tienen su origen y su fuente permanente. Ahora bien, tratándose de amor, esa caridad auténtica que fluye de Cristo hacia la Iglesia no puede llamarse de otra manera que “Espíritu Santo”. Y esa misma caridad es también la que fluye con recircularidad entre la Eucaristía y los esposos cristianos, infundida por el Espíritu Santo como una participación en la caridad divina, por oposición a una bondad meramente natural o a una entrega sponsal meramente instintiva.

<sup>1</sup> Sobre la relación esencial entre Eucaristía y matrimonio, remito a los nn. 27-29 de la Exhortación Apostólica postsinodal *Sacramentum caritatis*, de Benedicto XVI (2007).

<sup>2</sup> Cf. BENEDICTO XVI, *Mensaje a un Congreso Internacional con ocasión del 40º aniversario de la Humanae vitae* (2-X-2008): “En efecto, los esposos, habiendo recibido el don del amor, están llamados a convertirse a su vez en un don sin reservas el uno para el otro. Sólo así los actos propios y exclusivos de los cónyuges son verdaderamente actos de amor que, mientras los unen en una sola carne, constituyen una genuina comunión personal. Por tanto, la lógica de la totalidad del don configura intrínsecamente el amor conyugal y, gracias a la efusión sacramental del Espíritu Santo, se convierte en el medio para realizar en la propia vida una auténtica caridad conyugal”.

Pues bien, toda esta realidad gravita sobre el misterio del cuerpo humano, portador de amor esponsal, y sobre el significado de la sexualidad humana, de la masculinidad y feminidad. El cuerpo sexuado, cuando en la Eucaristía es vivificado por el Espíritu Santo y puesto así al servicio del amor, se hace signo revelador del Espíritu, sacramento del mismo amor esponsal de Cristo hacia la Iglesia<sup>3</sup>. Por tanto, hay que redescubrir en esta belleza del cuerpo masculino y femenino, que tanto se presta a la analogía, la clave de bóveda que sustenta la unidad esencial entre la Eucaristía y la caridad conyugal que une a los esposos.

## 1. La carne del ‘âdam, creada como esposa en el Principio

Al origen del plan de salvación concebido por Dios está la pareja arquetípica que forman Cristo y la Iglesia, los esposos del Apocalipsis<sup>4</sup>. Con este misterio nupcial “a la vista”, creó Dios al ser humano como varón y mujer, para que, a través del mutuo don, en su masculinidad y feminidad, representaran en el «sacramento de su cuerpo» esa pareja fundamental y arquetípica que describe el Apocalipsis. Si el cuerpo del hombre recién creado era ya “sacramento primordial”<sup>5</sup> del amor creador de Dios, en la masculinidad de Adán y en la feminidad de Eva vemos también un signo, en la carne, de esa esponsalidad arquetípica que unía, en la gloria, a Cristo con su Iglesia. En la impecancia de aquella carne de Adán, creada en gracia, creada para esa gloria de Dios de la que estaba siendo imagen, brillaba ya el resplandor de ese mismo Espíritu Santo que unía en el amor esponsal más pleno y perfecto a Cristo con su Iglesia. La carne de Adán y Eva eran ya, en el *Principio*, signo y sacramento del amor esponsal de Dios, que les había creado como anticipo y prenda de esa «humanidad esposa»<sup>6</sup>, que había de desposar para siempre en la carne del Verbo. Adán y Eva representan en su origen a la humanidad, pero su potencial simbólico se proyecta ya, desde el *Principio*, hacia la Eucaristía y, a través de ella, hacia todo matrimonio cristiano y hacia los esposos del Apocalipsis.

La etimología popular del término ‘âdam lo hace derivar de ‘adâmah, que significa suelo, tierra. El ‘âdam, varón y mujer, es el hombre terroso, el que fue hecho del polvo de la tierra. Así lo afirma Gn 2,5-7: “Entonces Yahvé Dios formó al hombre con polvo del suelo, e insufló en sus narices aliento de vida, y resultó el hombre un ser viviente”<sup>7</sup>. La carne del hombre, sin

---

<sup>3</sup> Me permito remitir a las reflexiones sobre el significado de la masculinidad y feminidad en relación con la Eucaristía que he recogido en mi estudio: C. ÁLVAREZ, *Teología del cuerpo y Eucaristía* (Colección Presencia y Diálogo 26; Publicaciones de la Facultad de Teología San Dámaso, Madrid 2010) 178 pp.

<sup>4</sup> Sobre el trasfondo bíblico de esta relación entre los esposos del Apocalipsis y los esposos del Principio, a la luz de la simbología de la figura femenina bíblica, cf. I. DE LA POTTERIE, María en el misterio de la Alianza (BAC, Madrid 2005); L. A. SCHÖKEL, *Simbolos matrimoniales en la Biblia* (Verbo Divino; Estella 1977).

<sup>5</sup> “Sacramento primordial”, dirá Juan Pablo II en la *Audiencia General* (20-II-1980): “Así, en esta dimensión, se constituye un *sacramento* primordial, entendido como *signo que transmite* eficazmente en el mundo visible el misterio invisible escondido en Dios desde la eternidad. Y éste es el misterio de la verdad y del amor, el misterio de la vida divina, de la que el hombre participa realmente. En la historia del hombre, es la inocencia originaria la que inicia esta participación y es también fuente de la felicidad originaria. El sacramento, como signo visible, se constituye con el hombre, en cuanto “cuerpo”, mediante su “visible” masculinidad y feminidad. En efecto, el cuerpo, y sólo él, es capaz de hacer visible lo que es invisible: lo espiritual y lo divino. Ha sido creado para transferir a la realidad visible del mundo el misterio escondido desde la eternidad en Dios, y ser así su signo”. Lo llamaré “Presacramento” en *Tríptico Romano* (Universidad Católica San Antonio, Murcia 2003) pp. 35-36.

<sup>6</sup> Así se deduce del nombre que da Adán a Eva y de la etimología de este nombre que recoge Gn 3,20: “porque ésta fue la madre de todos los vivientes”.

<sup>7</sup> El hombre fue sacado de la ‘adâmah = tierra, de la misma forma que también de la ‘adâmah sacó Dios un jardín que el hombre tiene que custodiar y cultivar; hay, por tanto, una perfecta integración del hombre en la ‘adâmah ‘transformada’ en jardín. El hombre se encuentra en perfecta armonía con Dios y con la tierra. Con el pecado original aparecen una serie de restricciones de la existencia humana, entre las que se encuentra la falta de armonía entre Dios

el soplo de vida divina, es carne inerte, impersonal, ámbito oscuro de terrosidad y pasionalidad, el lastre más pesado de nuestra creaturalidad y finitud. Aquel soplo divino impedía que el hombre se identificase con el fango y la tierra con la que estaba modelado. La carne del *'adam* es carne creada, sí, pero no es una carne cerrada en sí misma sino finalizada a Dios, creada con una capacidad de trascendencia que la hace capaz de albergar en sí, a modo de un seno materno, esa vida divina que Dios Creador le comunica en su soplo. Y sólo cuando esa carne adámica, inerte y sin forma, es vivificada por el soplo de Dios, se hace carne personal y materna, se convierte en un cuerpo capaz de expresar el amor esponsal de Cristo. El hombre, creado de barro y de espíritu, se hizo sacramento eficaz de la caridad misma de Dios, participada en la carne por ese soplo divino del Espíritu Santo.



La carne terrosa del *'adam* aparece definida, desde los orígenes, no sólo por su carácter sacramental sino también por la esponsalidad de Dios. Dios Creador modela aquel barro primordial,teniéndolo ante Él como la esposa está frente al esposo en la intimidad del matrimonio. La carne terrosa de Adán estaba “frente a Dios” como una realidad “femenina”, es decir, como una pura potencia, como una nada y un puro vacío, entregada a las manos de su Creador como la esposa se entrega a su esposo, dispuesta a acoger en sí la plenitud de aquel soplo divino, en el que Dios mismo se le estaba entregando<sup>8</sup>.

Aquella carne, creada en el amor, fue creada para el amor. Aquella carne, creada como “esposa”, fue creada para la esponsalidad. Y aquella carne, creada desde el *Principio* en el amor y en la esponsalidad, fue creada también con la capacidad de ser espiritualmente fecunda, es decir, de albergar en su seno la vida divina del Espíritu Santo, en cuyo soplo Dios mismo, como el Esposo, se estaba entregando al hombre. La carne primordial del *'adam*, siendo signo y sacramento del amor, portaba ya como en un seno materno, la presencia y la caridad misma de Dios, comunicada en el don y soplo del Espíritu Santo. Aquella caridad divina de la creación, que la carne del primer hombre estaba recibiendo en el soplo divino, anunciaba ya la caridad de Dios que habría de hacerse carne, por la efusión del Espíritu, en las entrañas maternas de María. Aquella caridad de la creación prefiguraba la caridad de la que habría de ser sacramento la carne virginal del Verbo, su humanidad ungida de Espíritu Santo. En aquella caridad de la creación se anticipaba también la caridad del Espíritu Santo que, oculta en la oscura noche de la Cruz, habría de sostener la entrega suprema del Esposo, para

---

y el hombre, y entre el hombre y la *'adamah*. En Gn 3,17 Dios maldice la *'adamah* por culpa del hombre, lo cual cambia el ambiente de existencia ser humano: es expulsado del jardín y se ve obligado a cultivar la *'adamah* maldita, que produce cardos y espinas. La *'adamah*, de la que Dios había sacado un paraíso para el hombre, vuelve a aparecer ahora como limitación e impedimento. La *'adamah* se opone, se resiste al hombre, que tiene que cansarse y sufrir para arrebatarle el pan. El hombre sigue siendo el ‘cultivador’ y el ‘guardián’ de la *'adamah*, como quiso el Creador, pero su trabajo se ha hecho ambiguo y precario, inseguro del propio sentido y de la propia finalidad. Cf. A. BONORA, “Trabajo”, en: P. ROSSANO-G. RAVASI-A. GIRLANDA (eds.), *Nuevo Diccionario de Teología Bíblica* (Madrid 1990) 1899.

<sup>8</sup> Vladimir Soloviev aplica a la creación material la idea de lo femenino esponsal en *El significado del amor* (Monte Carmelo, Burgos 2009) pp. 100-103. Yo refiero aquí la idea del femenino esponsal a la carne del primer hombre creado.

que de Él naciera su Esposa, la Iglesia. La carne masculina y femenina del *'âdam* del *Principio*, fue ya dispuesta y preparada por Dios para ser la morada del amor, portadora de la caridad del Espíritu Santo, cuerpo Eucarístico, un signo en la carne del amor esponsal de Cristo hacia su Iglesia. Cuánta cercanía y semejanza entre aquel soplo de Dios, sobre la carne terrosa del *'âdam*, y la epiclesis del Espíritu Santo transformando el pan, también terroso y material, en el cuerpo eucarístico de Cristo.

El hombre puede encerrarse en el círculo vicioso de su propia carne, volver su amor sobre sí mismo. Puede romper la relación con su cuerpo, humillándolo hasta la terrosidad de la materia, reduciéndolo a carne desprovista de todo significado personal y teológico. Pero, renunciando a la esponsalidad de su cuerpo, a su capacidad de trascendencia, a ese cierto carácter fecundo y materno que le hace albergar en sí la vida y la caridad misma de Dios, lo inutiliza para el amor. Cuando el cuerpo reniega de su origen esponsal, cuando se cierra a la acción de ese soplo divino, en el que se le participa la caridad misma de Dios, se desdibuja también su significado eucarístico y pierde la fuerza de su sacramentalidad. Por el contrario, sólo una carne que acepta su vocación de ser cuerpo esponsal, que acoge en sí el soplo de la gracia, se hace morada del don del Espíritu, portadora de amor, signo y sacramento que transmite eficazmente la caridad misma de Dios. Así fue el cuerpo masculino de Cristo y así es su Cuerpo eucarístico, por el cual también los esposos, en la carne, se van transformando en signos visibles y eficaces del amor esponsal de Cristo.

El cuerpo humano masculino y femenino, y, por tanto, la sexualidad, es una realidad totalmente relativa al misterio esponsal que el Espíritu Santo realiza en Cristo y en la Iglesia. Y esto significa: a) que no hay nada en el cuerpo que no tenga su significado último en ese amor esponsal de Cristo; b) que, en el cuerpo, todo ha de ser mediación y «sacramento» al servicio de ese significado último que es el misterio nupcial de Cristo y la Iglesia; c) que necesita del amor de Dios recibido en el Espíritu Santo, para realizar esa vocación esponsal para la que fue creado, si no quiere volver al ámbito de lo impersonal y terroso del que fue modelado.

## 2. Del cuerpo esponsal de Cristo al cuerpo esponsal de la Iglesia

Si, como consecuencia del pecado, María hubiera vivido una relación con su cuerpo reducido a materia inerte e impersonal, desprovisto de todo significado esponsal, cerrado al soplo fecundo del Espíritu, habría inutilizado su maternidad para la encarnación del Verbo, y aun para dar carne a la misma caridad de Dios<sup>9</sup>. En la carne virginal de María llega a su más pleno significado aquella caridad de la creación, con la que el Dios Esposo modeló la carne primordial del *'âdam*. Aquel soplo de vida divina, que el cuerpo del *'âdam* recibió en el *Principio*, anunciaba esa efusión de la caridad del Espíritu Santo, que en el momento de la encarnación había de unguir el seno virginal de María y la humanidad asumida por el Verbo.

La maternidad física y espiritual de María no se entiende separada del amor esponsal de Dios, aquel Esposo que creó al *'âdam* del *Principio*, ni separada del amor esponsal de Cristo hacia su Iglesia, aquella pareja arquetípica a cuya imagen fueron creados Adán y Eva. Su maternidad era signo visible y eficaz de la caridad de Dios, que el Espíritu Santo hacía carne en sus entrañas. Aquella carne del *'âdam* del *Principio*, creada como una realidad femenina,

---

<sup>9</sup> Nada que ver esta plena realización de lo femenino y de la maternidad con la visión del cuerpo, de la sexualidad y de la maternidad que nos presentan las feministas radicales desde la perspectiva de la ideología de género. Cf., por ejemplo, J. BUTLER, *Cuerpos que importan. Sobre los límites materiales y discursivos del "sexo"* (Paidós, Buenos Aires 2002). Véase también J. SCALA, *La ideología de Género o el Género como herramienta de poder* (Sekotia, Madrid 2010).

esponsal y espiritualmente fecunda, portadora de la caridad de Dios, encontraba su pleno cumplimiento en la carne virginal de María y en su maternidad biológica y espiritual. La caridad de Dios, que aquel soplo del *Principio* unió tan estrechamente a la sacramentalidad del cuerpo masculino y femenino del *‘adam*, aparece ahora, por la acción del mismo Espíritu, definitivamente unida a la maternidad de María y al cuerpo virginal de Cristo. Del cuerpo de María habría de nacer la caridad misma de Dios, hecha carne en el cuerpo de Cristo, de la misma manera que, del cuerpo espiritual de la Iglesia Esposa, habría de ser comunicada esa otra efusión universal de la caridad del Espíritu, hecha carne en el cuerpo eucarístico de Cristo. La feminidad de María se convirtió así en sacramento visible y eficaz de esa caridad que habría de manifestarse y revelarse plenamente a través del cuerpo de Cristo, fuente de caridad divina para la Iglesia y para los esposos cristianos. Hay, por tanto, sugerentes paralelismos entre el cuerpo, virginal y materno de María, del que tomó carne la caridad misma de Dios para ser entregada al mundo, y el cuerpo eucarístico de Cristo, en el que se nos sigue haciendo carne, en la materialidad del pan, esa misma caridad de Dios que se entrega al mundo y por el mundo.

A través de María, la acción del Espíritu Santo hizo de la carne de Cristo un cuerpo sponsal, un sacramento capaz de revelar y comunicar toda la caridad de Dios hacia el hombre. Sin esa acción del Espíritu, también la carne que el Verbo asumió en la encarnación habría sido carne inerte, impersonal y pecaminosa. Porque, así como el Espíritu Santo une en la misma caridad divina al Padre y al Hijo, así también el Espíritu Santo debía unir en esa caridad divina al Verbo con la carne humana. La unión del Verbo a su humanidad sólo se entiende como un acto de infinita caridad, suscitado y sostenido por la caridad misma de Dios, que es el Espíritu Santo. Con esa caridad divina ungió el Espíritu Santo la carne de Cristo, disponiéndola para unirse a la naturaleza divina del Verbo. Por tanto, también la carne terrosa de Cristo estuvo marcada desde sus inicios por la sponsalidad, pues su humanidad se unió al Verbo formando con Él una sola carne, como la esposa se une a su esposo en la intimidad conyugal. Aquella carne del nuevo y definitivo Adán estaba frente a Él como una realidad femenina, como una esposa que se entregaba a la unión con el Verbo, dispuesta a acoger en sí y realizar en ella todo el misterio salvífico que el Esposo venía a cumplir de parte del Padre. Desde sus inicios, aquella carne de Cristo cumplió su vocación sponsal, acogió en sí como en un seno materno al Verbo mismo de Dios, fue preparada por la caridad divina del Espíritu para llegar a ser cuerpo eucarístico, fue sacramento de aquel misterio nupcial arquetípico, que ya venía revelándose desde la creación del *‘adam* del *Principio*.

Ahora bien, el significado sponsal del cuerpo de Cristo se expresa y revela con especial plenitud en la Cruz, en donde se consuma el don total del Esposo a la Iglesia Esposa. La Iglesia nace continuamente de la Cruz, de ese cuerpo de Cristo en el que se nos ha entregado y participado toda la caridad del Dios Esposo hacia el hombre. Por eso, en ese acto supremo de caridad, la Iglesia adquiere su ‘forma propia’<sup>10</sup>. La caridad de Cristo, que es el don del Espíritu Santo, es la ‘forma’ de la Iglesia, en cuanto que ese mismo Espíritu modula y estructura su ser y toda su actividad, ordenándola y dirigiéndola hacia su verdadero y único fin, que es el amor de su Esposo. La caridad de Cristo informa, en su estructura más íntima, el ser y la identidad de la Iglesia Esposa, en sí misma y en todos sus miembros; por tanto, la Iglesia expresa y manifiesta su ‘forma propia de ser’ precisamente en la “caridad sponsal”.

La Iglesia –y en Ella cada cristiano– es, de forma indefectible, el objeto perenne de esta caridad sponsal de Cristo en el Espíritu. El cristiano no existe, no tiene más ser –sobrenaturalmente hablando– que en la medida en que está unido al misterio nupcial de Cristo

<sup>10</sup> Abundantes datos bíblicos sobre la relación entre la Iglesia y la caridad de Dios en C. SPICQ, *Agape en el Nuevo Testamento* (Madrid 1977).

y la Iglesia, a la manera como un miembro está unido al cuerpo o el cuerpo está unido a su cabeza. El ser cristiano se define por esta relación y esta incorporación a Cristo y a la Iglesia. De ahí que, en el plano moral, el ser cristiano se defina sobre todo por la virtud de la caridad: sin ella, no se existe, no se vale nada, no se tiene nada; ser cristiano es amar, es decir, es ‘tener’ la caridad de Dios. El creyente ‘existe y vive en la caridad’ tal y como ‘existe y vive en Cristo y en la Iglesia’. Vive y progresa ‘en y por el amor’, tal como vive y progresa ‘en y por Cristo-Iglesia’. Por tanto, si la caridad es el principio de acción del cristiano, esto implica que todas nuestras acciones, nuestra persona, el don del cuerpo, el significado último de la sexualidad, carecen de valor, pierden su más pleno significado, sin la caridad divina que nos comunica el Espíritu Santo. Es más: nuestro cuerpo es sacramento de ese amor esponsal de Dios desde el momento en que, por el Bautismo y la Confirmación, se nos infundió el dinamismo esponsal del Espíritu, continuamente operante por la gracia. Pues bien, sólo en esa caridad divina, que se nos ha dado en la vida del Espíritu, la Iglesia, todos nosotros, somos para Cristo esa Esposa que se va haciendo una sola carne con Él, su cuerpo esponsal, sacramento en el mundo de la caridad misma de Dios comunicada en el Espíritu, cuerpo y seno materno que alberga en sí toda la vida y el don del Esposo. También la Iglesia, en cuanto Cuerpo de Cristo, se hace cuerpo terroso e impersonal, pierde su fuerza sacramental, vuelve su amor sobre sí misma y se cierra a la esponsalidad de Dios, cuando el soplo del Espíritu no aletea vivificando, por la gracia, la fe de los creyentes.

Por eso, volviendo al posible extrinsecismo al que nos referíamos al inicio, el ministerio de la conyugalidad propia de los esposos, que se expresa y realiza precisamente en el cuerpo sexuado, pierde su plena fecundidad y su fuerza sacramental cuando no está internamente animado y madurado por el dinamismo propio de esta caridad esponsal divina, que es la vida del Espíritu Santo en nosotros.

### 3. La Eucaristía, sacramento de la caridad conyugal

La caridad de Dios no existe en la Iglesia como una realidad amorfa, sin forma, indeterminada y genérica, sino que existe sólo encarnada en la concreción personal de cada ser cristiano. La Iglesia es el lugar donde se vive y despliega la caridad divina, pero esa caridad no se realiza de igual manera y modo en todos los miembros y vocaciones, ya que se habla también de la “caridad pastoral” de los sacerdotes o de la “caridad virginal” que se vive en la vida consagrada. Es más, ni siquiera la caridad conyugal se vive y se encarna de igual modo en todos los cónyuges cristianos. La caridad conyugal no es una gracia o un don distinto de la caridad sobrenatural, pero sí es una determinación y especificación de esa caridad cristiana, que el sacramento del matrimonio obra y opera en los dinamismos del Espíritu infusos por el Bautismo y la Confirmación. La caridad, que es un don del Espíritu común a todos los bautizados y que es la perfección de toda vida cristiana, en los esposos se modaliza y se vive de manera específica y propia a través de la caridad conyugal.

La caridad conyugal es una llamada y, al mismo tiempo, un don del Espíritu Santo, para ser un signo en la carne, en el cuerpo sexuado, en el propio amor de esposos, de esa caridad esponsal que une a Cristo con su Iglesia. Los esposos no sólo son signo y sacramento de esa caridad esponsal, que se nos ha manifestado plenamente en el don de Cristo Esposo en la Cruz y que se celebra en el memorial la Eucaristía. Su fuerza sacramental va más allá, porque ese don del Espíritu les hace ser también signo y sacramento de aquel misterio nupcial arquetípico, a imagen del cual fue creado el ‘*ádam* del Principio’. En los esposos cristianos atisbamos ya lo que será la unión del Esposo, el Cordero del Apocalipsis, con la Iglesia escatológica, esa Iglesia, ataviada como una Esposa, que será conducida definitivamente ante el Esposo, como Eva fue conducida ante Adán.

La caridad conyugal es esa virtud específica del matrimonio con la que los esposos imitan a Cristo y a la Iglesia en la entrega de sí mismos, anticipando así, en el modo peculiar y propio del matrimonio, lo que será la realidad escatológica definitiva que todos anticipamos. Es una virtud que informa no sólo lo que los esposos hacen o dicen, sino su donación misma en cuanto esposos, cónyuges, padres, educadores. Nada de cuanto ellos hacen, en público o en privado, escapa o es ajeno a esta caridad conyugal, prolongación de la caridad entre Cristo y la Iglesia, que se les comunica en el don sacramental del Espíritu. Por tanto, si algo caracteriza esta caridad conyugal ha de ser la unidad entre el ministerio de la conyugalidad y el amor. Es más, el ministerio de la conyugalidad cristiana, ésa que está llamada a ser signo y sacramento del misterio nupcial de Cristo, debe ser “oficio de amor”, como pedía san Agustín que fuese el ministerio sacerdotal de los presbíteros. Y esa unidad en el amor es, por tanto, la unidad que fluye y nace de los dinamismos del Espíritu, actuando en los esposos a través de la gracia recibida en los sacramentos y, en especial, en el sacramento del matrimonio y de la Eucaristía.

La Iglesia es la Esposa que prolonga y comunica, en el hoy de nuestra historia y de nuestro mundo, la caridad sponsal de Cristo. La eficacia de aquel acto supremo de la caridad del Esposo, entregándose en la Cruz, se extiende por todos los tiempos de la historia, por todos los recovecos de la creación, a través de la Eucaristía, sabiamente llamada ‘sacramento de caridad’, o la caridad hecha sacramento. En este misterio central se contiene todo el bien espiritual de la Iglesia, que es Cristo mismo, y toda la plenitud del don del Espíritu, que es la caridad sponsal que une la Iglesia a Cristo. La caridad de Cristo ‘informa’ la Iglesia precisamente a través del sacramento de la Eucaristía. Por eso, la Eucaristía es el corazón que sostiene y bombea la identidad sponsal de la Iglesia, que va creciendo como Esposa virginal y como Madre fecunda cada vez que pone en acto la caridad de Cristo. Ese dinamismo sponsal, que el Espíritu Santo nos infundió en el Bautismo y Confirmación, viene sostenido, madurado y especificado en cada Eucaristía, en la que acogemos, como acoge en sí la Esposa, el don sponsal de Cristo, actualizado sacramentalmente en su cuerpo eucarístico. Cada Eucaristía tonifica, anima, vivifica, madura, el dinamismo sponsal del Espíritu operante en nosotros, como aquel soplo de vida animó y vivificó la carne inerte del ‘*ádam*’ creado en el *Principio*.

Los esposos cristianos, al ser ellos mismos ministros del sacramento, se constituyen también como signo visible y eficaz de la caridad sponsal que une en “una sola carne” a Cristo y a la Iglesia. Sin embargo, no se trata de una significación meramente externa o añadida. Los esposos están llamados a hacer trascender su carne hacia Dios, a no encerrar su sponsalidad en el amor a sí mismos, a significar en el sacramento de su cuerpo y prolongar en la sacramentalidad de su amor humano, esa misma caridad sponsal con que el Espíritu Santo une en “una sola carne” a Cristo con su Iglesia. Por tanto, es propio del ministerio de los esposos tener entre sí una unión análoga a la que Cristo tiene con su Iglesia. Y esto sólo puede realizarlo esa virtud de la caridad conyugal que el Espíritu Santo derrama sobre ellos, de manera específica y permanente, a través del sacramento del matrimonio y de la Eucaristía. Ambos sacramentos se reclaman y se enriquecen mutuamente, se vivifican entre sí, formando ese *humus* sacramental, que sostiene la acción de la gracia en el entramado del día a día de los esposos.

La profunda unión que hay entre la muerte de Cristo, celebrada en la Eucaristía, y su caridad sponsal hacia la Iglesia, nos da idea de cuánto tiene el amor y la sexualidad humana de muerte de uno mismo por el otro. Por eso, la Eucaristía ha de ser principio y fuerza del don mutuo de los esposos a través de la sexualidad, de esa “muerte por el otro”, que requiere y exige la sponsalidad del matrimonio. A través de la Eucaristía, el Espíritu Santo se va haciendo columna vertebral, eje de oro de la sponsalidad cristiana, para que en ella se

prolongue, en el sacramento del cuerpo entregado de los esposos, el misterio de la entrega mutua entre Cristo y la Iglesia en la Cruz y en la Eucaristía. Por tanto, los esposos viven la verdad plena de su esponsalidad, cuando en el ejercicio permanente de su conyugalidad, el Espíritu Santo los une y asocia, por la participación eucarística, al acto supremo de la Cruz, con el cual y en el cual Cristo mismo se entrega a su Esposa la Iglesia<sup>11</sup>. Y la comunión cada vez más profunda con el misterio nupcial de Cristo hacia la Iglesia, que se actualiza en el memorial de la Eucaristía, ha de ser principio y fuerza del ministerio de la conyugalidad propio de los esposos cristianos. Y esa comunión la opera la caridad de Cristo, derramada en nuestros corazones por el Espíritu Santo que nos ha sido dado (cf. Rm 5,5).

#### 4. Conclusión

En el *Principio* sólo fue la voz del Esposo, Dios, creando y dando el ser a la esposa. Sólo el amor de ese Dios condujo ante sí a aquella primordial esposa, aquella carne y cuerpo terroso del *‘adam*, llamándola desde el abismo de la nada a la cumbre de la existencia, para vivir en el amor y para el amor. En el *Principio* sólo Dios, como ninfagogo de la creación y de la historia, condujo a Eva a la presencia del esposo Adán. Con esta figura, Dios conduciendo a la esposa ante el esposo, el Génesis describió ya figuradamente el misterio de la acción del Espíritu sobre toda carne creada. Porque, sólo el don del Espíritu, en quien se nos ha participado la caridad misma de Dios, empuja y anima internamente ese ir mutuo y constante entre los esposos. Y así, en el misterio del *Principio*, que también celebramos en cada Eucaristía es, de nuevo, el Espíritu Santo, como ninfagogo del amor de los esposos, quien conduce y empuja su donación mutua, como conduce y empuja a Cristo, definitivo Adán, a entregarse a su Iglesia, la nueva y verdadera Eva.

La historia de la salvación comenzó en aquel soplo de vida que Dios infundió en la pareja primordial, soplo que anunciaba la efusión del Espíritu en la Eucaristía, el mismo soplo que anima y orienta toda carne hacia su culminación en las bodas entre el Cordero y la Esposa del Apocalipsis. Y, en el misterio del final, como en el misterio del *Principio*, sólo se oirá la voz del Esposo, que clama en la caridad del Espíritu Santo: ¡Ven, Esposa! ■

---

<sup>11</sup> La *Familiaris consortio* 13 señala con fuerza esta idea: “En este sacrificio (de la cruz) se desvela enteramente el designio que Dios ha impreso en la humanidad del hombre y de la mujer desde su creación, el matrimonio de los bautizados se convierte así en el símbolo real de la nueva y eterna Alianza, sancionada con la sangre de Cristo. El Espíritu que infunde el Señor renueva el corazón y hace al hombre y a la mujer capaces de amarse como Cristo nos amó. El amor conyugal alcanza de este modo la plenitud a la que está ordenado interiormente, la caridad conyugal, que es el modo propio y específico como los esposos participan y están llamados a vivir la misma caridad de Cristo que se dona sobre la cruz”.